

# LETRAS

# letrillas

# LETRONES

POLÍTICA

## UN LÍO DEL DEMONIO

**S**alvo sorpresas, el próximo lendakari será socialista y gobernará con el apoyo parlamentario del PP. Se presume —escribo a mediados de marzo— que el gobierno estará formado sólo por socialistas y personalidades independientes. El PNV, por supuesto, irá a la oposición. Nunca había ocurrido hasta ahora, desde que se inició la democracia. ¿Qué hará Patxi López desde la lendakaritza? ¿Qué tiempo se mantendrá en el poder?

La política es incierta por definición. Pero en el caso vasco, las incertidumbres son mucho mayores todavía de lo habitual. Ni tenemos una noción aproximada de cómo se desarrollará la legislatura de López, ni sabemos si alcanzará a cubrir su ciclo natural. Veamos, antes de nada, cómo se distribuyen las fichas en el tablero.

Aunque los socialistas han experimentado un avance porcentual considerable, los nacionalistas, considerados en bloque, descienden poco. Partamos del supuesto, en absoluto aventurado, de que el 9% de votos nulos —punto arriba, punto abajo— es voto abertzale, y debe ser integrado en la mitad nacionalista del espectro. El sufragio del 1 de marzo arrojó un retroceso, con respecto al anterior, de 90.000 votos, y todos han perdido en términos absolutos: 60.000 votos los nacionalistas, y 30.000 los autonomistas. El avance autonomista,

muy meritorio, es, por tanto, modesto. Tan importante como la distribución panorámica del voto, es su desplazamiento dentro de cada uno de los bloques. El PSE —dato esencial— mejora a costa, exclusivamente, del PP. Y el PNV no empeora. Los que empeoran son sus antiguos socios de gobierno. El PNV, además, saca más de ocho puntos de ventaja al PSE. Si los abertzales, cuyas candidaturas títeres fueron prohibidas aplicando la Ley de Partidos, se hubiesen hecho presentes en el parlamento de Vitoria, el próximo gobierno habría vuelto a ser nacionalista. López goza por tanto de una superioridad enormemente precaria, tanto más débil cuanto que PSE y PP no forman, en este momento, una mayoría moral. Así las cosas, y siempre que se cumplan los pronósticos y López sea investido lendakari, se abren dos horizontes posibles.

Uno: los socialistas, intimidados por el paisaje adverso, y en la esperanza de que el PNV depure a Ibarretxe y les dé pie a una permuta futura de alianzas, marean la perdiz y no inician ningún movimiento que ponga en entredicho la política desarrollada hasta la fecha por el PNV. No se tocaría, por ejemplo, la política lingüística, ni la política de educación. Este escenario, considerado probable por varios analistas, es más fácil de formular genéricamente que de imaginar en términos concretos. Presupone, en primer lugar, una pasividad del PP poco realista. En efecto, el PP se siente casi obligado a apoyar la candidatura de López. Pero no podría



Patxi López

sostener durante un año, o año y pico, o un año menos un pico, a un lendakari que paralizara todas sus propuestas y que diese muestras inequívocas de querer pasarse a la otra orilla apenas se presente la ocasión.

Existe una segunda premisa, más contenciosa todavía: la de que el PNV aceptaría, en una coalición con los socialistas, un papel subordinado, a despecho de haber sido, con diferencia, el partido más votado. Esto no ocurriría en ningún sitio, y menos aún en el País Vasco, en que los nacionalistas se consideran llamados por la historia a controlar el poder. A la vez, la idea de que López pudiera ceder la lendakaritza luego de haberla ocupado, desafía al sentido común. López puede resignarse a no ser investido ahora. Pero abandonar el cargo después de haber sido lendakari, para convertirse en acólito

voluntario de la antigua oposición, lo destruiría políticamente.

Estas consideraciones nos arrojan en brazos del segundo escenario. Se trataría de un escenario signado por la radicalización del PNV. Ibarretxe aguanta, ETA vuelve a ser popular en la calle, y socialistas y populares, haciendo de tripas corazón, se acercan de verdad y reconstruyen el frente constitucionalista del 2001.

Ignoro cómo rodarían las cosas vascas en esa contingencia. Lo que parece obvio, es que se plantearía una aporía seria a escala nacional. ¿Por qué? Porque Zapatero, en Cataluña, no ha formado un frente constitucionalista, sino, más bien, lo contrario: el PSC gobierna con Esquerra e Iniciativa sobre el presupuesto de que el marco constitucional puede y debe ser rebasado. Se estaría defendiendo en el País Vasco lo inverso que en Cataluña. El presidente es capaz de incoherencias, pero no creo que estuviera en grado de afrontar esa contradicción. El sistema, muy tocado ya, experimentaría tensiones enormes, sólo resolubles si se da un paso más y PP y PSOE acuerdan reformar la Constitución sobre una base nacional. Ello entrañaría la refundación del PSOE en Cataluña, operación delicadísima que los socialistas no quieren porque pasarían de inmediato, y durante un plazo indefinido, a quedar por debajo del PP en el conjunto de España.

En definitiva, un gigantesco lío. Consolémonos con la idea de que los análisis de pizarra valen lo que valen. Es decir, más bien poco. —

— ÁLVARO DELGADO-GAL

## FANATISMO CONEXIÓN MADRID

Un reducido equipo integrado principalmente por los periodistas Justin Webster e Ignacio Orovio inició en 2005 —un año después del mayor atentado terrorista ocurrido en suelo europeo (11-M o 191M)— la investigación que a finales

del año 2007 alumbraría el documental *The Madrid Connection*, emitido por diferentes televisiones en España y otros países europeos. El documental, al igual que el libro que ahora publica esta pareja de periodistas, tenía un objetivo: contar la historia de los dos cabecillas de la célula yihadista, Jamal Ahmidan (El Chino) y Sarhane ben Abdelmajid Fakheth (El Tunecino), dos personajes enormemente distintos entre sí, un delincuente ligado al tráfico de drogas y un estudiante de ciencias económicas con intereses religiosos, cuyos caminos se cruzaron un día en España para terminar asesinando brutalmente a 191 personas en la madrileña estación de Atocha.

Yo formé parte del equipo que realizó el documental. Llegué más tarde, en febrero de 2007, para ocuparme de las labores de producción en Madrid, léase contactar posibles entrevistados, buscar pistas que nos llevaran a nuevos testimonios, convencer a testigos temerosos y organizar las labores de rodaje. Un trabajo arduo y excitante como pocos. Han pasado dos años desde que empezó mi trabajo a las órdenes de Justin Webster, director del proyecto, y cerca de año y medio desde que vi por primera vez el resultado de nuestro trabajo. Ahora, conmemorando el quinto aniversario de la matanza, llega a las librerías el libro que Justin e Ignacio venían prometiendo desde que se estrenó el documental: *Conexión Madrid. Cómo y por qué Sarhane y Jamal se convirtieron en terroristas yihadistas* (Debate, 2009).

Me enfrento al libro con sensaciones encontradas, por un lado me asalta la curiosidad y me enorgullece saberme parte de él, por otro tengo dudas sobre qué pueden haber contado Justin e Ignacio en el libro que no estuviese ya en la película. Puede más la curiosidad que el escepticismo, devoro sus doscientas cincuenta páginas y compruebo una vez más que el libro, como ocurre casi siempre, es más, mucho más, que la película, aunque en esta ocasión se haya invertido el orden de producción habitual y no estemos hablando de una adaptación. He dicho más, no mejor: la

diferencia es importante. Como me dice Justin al teléfono: “Hay mucho material que no era posible colocar en pantalla, las relaciones entre las diferentes comunidades de inmigrantes musulmanes, por ejemplo, los diferentes acercamientos al Islam que se hacen desde la vertiente siria o saudí y los conflictos que de ello surgen”. Y ahí, en efecto, es donde el libro crece y adquiere unas dimensiones que el documental, por propias limitaciones de tiempo y formato no podía alcanzar.

*The Madrid Connection* lograba reconstruir minuciosamente las vidas de El Chino y El Tunecino apoyado en las huellas que había dejado su presencia en España: testimonios de amigos, familiares, compañeros de estudio o trabajo, parejas, cómplices; contratos de vivienda, vida laboral, agrupaciones a las que pertenecían y, por último, fichas policiales. El documental alcanzaba su objetivo, acercarnos al proceso de radicalización de ambos protagonistas, narrar los diferentes hitos en la vida de uno y otro —siendo el más importante su cruce de caminos— que de alguna manera configuraron su complicidad, que culminaría con el atentado del 11 de marzo de 2004 y su posterior inmolación el 3 de abril en un piso de Leganés.

El libro, por su parte, funciona además como una radiografía, más bien un ajustado panorama, del islamismo en España, principalmente en Madrid. El documental contaba con las voces de algunos miembros de esta comunidad que habían conocido de una u otra forma a Jamal y Sarhane, sobre todo a éste último, puesto que fue de los dos el que más cerca estuvo del mundo musulmán madrileño desde que aterrizó en la ciudad.

Jamal era un delincuente, había vivido al margen de la legalidad desde que pisó España, había pasado de trapihear con hachís y heroína por las calles de Malasaña y Chueca a mediados de los años noventa, dar pequeños golpes a sus proveedores y robar bolsos a turistas japoneses, a convertirse a finales de esa década en un pequeño capo del tráfico

de éxtasis y demás estupefacientes. No había tenido demasiadas inquietudes religiosas, a pesar de provenir de una familia marroquí en la que se observaba el culto musulmán. Su contacto adulto con el islam se producirá principalmente en la cárcel, donde pasó distintas etapas, pero sobre todo, según cuenta su ex mujer, entrevistada durante la investigación, Jamal se acercó a la religión en busca de un apoyo para dejar su adicción a la heroína. La combinación de extremismo islámico y un miembro del hampa, con dinero y conexiones criminales, dos mundos que en principio no se tocan, puede explicar, según Webster, el grado de violencia del atentado perpetrado en Madrid.

Sarhane, por su parte, era un estudiante de doctorado, becado por el gobierno español, que llegó a la Universidad Autónoma de Madrid en 1994. Buscó cobijo en la mezquita de la M-30, que es como se conoce al Centro Cultural Islámico de Madrid, “epicentro de la vida de los musulmanes” de esta ciudad. Fue ahí, en la M-30 donde se produjo uno de los momentos que Justin califica de “hito o punto de inflexión en la historia de los inmigrantes musulmanes en Europa”. Webster se refiere al “cisma” que se produjo en el verano de 2001, pocos meses antes del atentado de las Torres Gemelas en Nueva York, y que está explicado al detalle por ambos autores en *Conexión Madrid*. La autoridad moral de la mezquita de la M-30 reside en el imán Moneir, un ulema egipcio, educado en Arabia Saudí, que dirige los destinos del Centro desde 1995. Como bien explica Abdullah Durra, otro experto en leyes islámicas, jordano y que compartió piso en algún momento con Sarhane, la autoridad de Moneir no se discutía, ni siquiera en las largas discusiones que se producían tras los rezos de la mañana, cuando los fieles planteaban interminables preguntas sobre los mil y un temas que abarca la doctrina islámica. El Corán y la sunna, los dichos y hechos atribuidos a Mahoma, son un conjunto organizado de reglas y normas que,



"El Chino", primero a la izquierda, y "El Tunecino", tercero desde la izquierda.

interpretadas y actualizadas por los ulemas rigen la vida de los creyentes. Hasta que a mediados de 2001, y a raíz de una discusión que se había iniciado por una pregunta de Sarhane sobre si es lícito o no pagar intereses, hubo un grupo, al que pertenecía El Tunecino, que renegó de la autoridad de Moneir y le acusó de incrédulo, de no musulmán. El imán criticó en un sermón posterior a aquellos que “confundían las apariencias con la verdadera sabiduría”, aquellos que por dejarse barba se veían convertidos en sabios y autorizados a emitir fetuas. Las palabras de Moneir enfurecieron a sus críticos, que se marcharon y lanzaron una campaña contra él. Campaña que proseguiría en las excursiones al río Alberche, organizadas por este grupo de rebeldes, entre los que se encontraba Sarhane. Abdulá relata esos encuentros, las discusiones, su postura en defensa del jeque Moneir. El extremismo, para él, supone una mala interpretación del Islam, una degeneración producto de la ignorancia, de una ignorancia arrogante además, que desde su falta de conocimiento se cree autorizada para dictar o interpretar normas a su antojo y deslegitimar y censurar a quienes no comparten su visión.

Se desprende de éste y otros episodios narrados en *Conexión Madrid* que el islam no es una ideología monolítica, no es un bloque de creencias talladas en piedra, seguidas a pie juntillas por todos sus adeptos. Me dice Justin al teléfono: “Creo que entender esas diferencias, saber que existen diferentes posturas dentro del mundo musulmán, nos ayudaría a, por un lado, facilitar la convivencia y la integración de los inmigrantes musulmanes en Europa, y por otro, sería útil en la lucha policial contra

el terrorismo extremista islámico”. El libro, por supuesto, es una buena puerta de entrada para tomar conocimiento de esa diversidad que a ojos occidentales puede resultar invisible. “Cuando uno siente que la comunidad de la que forma parte, el grupo humano al que pertenece, está definido de una forma errónea o sesgada, esa sensación es peligrosa. Esa percepción hace que algunas de estas personas puedan identificarse más fácilmente con los extremistas que con occidentales como tú y yo, con los que en realidad tienen muchas más cosas en común”, insiste Justin.

Por último, le pido a Justin que me explique qué ha dejado esta labor de investigación en él, qué cree que ha ganado tras dirigir un documental y escribir un libro sobre el tema. Me dice: “Antes de este trabajo, el yihadismo, el terrorismo extremista islámico, me parecía un tema hermético, muy difícil por no decir imposible de abordar. Me recordaba un poco a lo que ocurrió en los años noventa con Bosnia, todos sabíamos que era un tema importante, que había que informarse sobre él, pero uf, era muy difícil entrar. Tras realizar este trabajo creo que he logrado, en lo que a mi concierne, romper esa barrera, sigue siendo complejo, es un tema difícil, pero no imposible ni tan distante como podía creer al principio. Eso ha ocurrido conmigo y creo que con todos los que hemos formado parte del proyecto. Mi ambición es que tanto el libro como el documental sirvan para que más gente quiebre esa barrera y se atreva adentrarse en este tema, fundamental a la hora de entender el mundo en que vivimos. Esa, creo, es la labor del periodismo de largo aliento, y espero haberlo conseguido”. —

— DIEGO SALAZAR

## INTERNET COPYRIGHT, COPYLEFT

En su novela *Ulyses* James Joyce usó vagamente estructuras de la *Odisea* de Homero para narrar un día en la vida de Leopold Bloom; como si pensara que cada hombre es todos los hombres, su texto es un compendio, o *remix*, de buena parte de la cultura humana hasta su época. Desde el momento de su publicación, la maraña de juegos del idioma, referencias personales y citas eruditas disparó la voracidad de los académicos: una catarrata de obras derivadas que abarca la crítica literaria, las guías para su lectura (sin las cuales —se sugiere— la obra sería intransitable) e incluso una novela que a su vez desarrolla una novela obscura que Leopold Bloom escoge para su mujer Molly y de la cual hay sólo un esbozo en *Ulyses*.

En un reportaje de *The New Yorker* se relata que Stephen Joyce, nieto de James Joyce, es la pesadilla de esta extendida comunidad mundial de “joyceanos”. Su arma: los derechos de autor. Con bastante éxito ha logrado impedir u obstaculizar desde trabajos académicos con extensas citas, o la publicación *online* de *Ulyses* y *Finnegans Wake* (“obras seminales para la teoría del hipertexto”, según el reportaje), hasta el espectáculo unipersonal del actor Adam Harvey —una declamación del capítulo 41 de *Finnegans Wake*—, a quien Stephen habría dicho que al memorizar sus líneas estaría infringiendo el *copyright*... porque habría hecho una copia en su cerebro, se entiende.

Cuando Carol Loeb Shloss, profesora de la Universidad de Stanford, quiso publicar un libro sobre la hija de Joyce, Lucia, se encontró con la (agresiva) oposición del nieto. Recurrió entonces a Lawrence Lessig, un jurista constitucional de Stanford, para demandar a Joyce por algo inusual: uso abusivo del *copyright*. La elección de Lessig como abogado no se debe solamente al hecho de que ambos pertenecen a la

misma universidad. Lessig es además cofundador de una organización sin fines de lucro para el uso “razonable” del *copyright*, inspirada en parte por el movimiento del *software* libre y de fuente abierta, llamada Creative Commons. Lessig y Shloss ganaron el caso.

Porque cuando James Joyce llenó de enigmas su obra, para mantener —como dijera— “a los profesores ocupados durante siglos”, echando mano de todo el espectro disponible, desde la cultura universal a claves personales, se transformó en cierta forma en lo que se conoce como un *common*. En Inglaterra un *common*, o común, es una porción de tierra sobre la cual ciertas personas (los *commoners* o comuneros), además del dueño, tienen derecho a ciertos usos; por ejemplo, al pastoreo, mientras el propietario conserva la exclusividad sobre los minerales y la madera. Por extensión del concepto, hoy se considera un *common* cualquier recurso que no tenga dueño, ni privado ni estatal, como el agua o los peces del mar.

Según Lessig, si bien hay comunes que pueden agotarse por sobreexplotación (la llamada tragedia de los comunes), otros —por el contrario— necesitan de la proliferación de su uso (so pena de que se produzca la tragedia de los anticomunes). Internet y la web serían un *common* de este tipo. La web fue creación del británico Tim Berners-Lee para la Organización Europea de Investigación Nuclear en Ginebra, con el fin de permitir a los investigadores compartir y trabajar conjuntamente documentos *online*, mediante el uso de protocolos de dirección (los actuales URL y URI) y el hipertexto HTML, que crea *links* remitiendo a otras páginas. (El HTML perfecciona la metodología académica de sustentar tesis con citas, notas al pie de página y referencias, cuyos fundamentos fueron sentados en el siglo III a.C. por los bibliotecarios de Alejandría, en sus ediciones críticas de la obra de Homero, cuando no tacharon versos que consideraron espurios para permitir la revisión de investigadores posteriores.) Al privilegiar, frente a un diseño centralizado, los estándares uni-

versales y abiertos, se optó por tener una web algo caótica; al impedir, de este modo, la creación artificial de ventajas competitivas y permitir el flujo libre de *data*, el resultado fue una explosión de creatividad, innovación y ganancias comerciales que llevó a la revolución de la web, montada sobre la revolución de la PC.

Originalmente, el *copyright* era una licencia de impresión para mapas, cartas de navegación y libros. Con los años pasó a cubrir obras derivadas. La intención, junto a otras figuras de la propiedad intelectual, como las patentes y las marcas, era fomentar la innovación y evitar el plagio mediante el otorgamiento de un monopolio temporal. En 1909, en el ámbito angloparlante, el *copyright* se convirtió literalmente en “derecho de copiado”, lo que según Lessig no habría constituido mayor diferencia, porque las copias se hacían en pesadas prensas. Al aparecer la fotocopiadora, sin embargo, y luego el soporte digital, las dimensiones cambian. Con la web pasan a ser astronómicas, porque cada acción es en esencia una copia, que además puede ser “bajada” y reelaborada. Kevin Kelly, cofundador de la revista *Wired*, sostiene en su *blog* que la pregunta de esta nueva economía es: “¿cómo seguir si las reproducciones de nuestros mejores esfuerzos son gratis? ¿Cómo hacer dinero vendiendo copias gratis?”

Una respuesta es Google, cuyo buscador funciona como un *common* (los usuarios tienen el derecho de usarlo, pero Google se reserva otros, como procesar la *data* proveniente de las búsquedas, para colocar mejor la publicidad, fuente de sus ingresos) que mejora entre más es “explotado”. La otra respuesta, diametralmente opuesta, es la actual jungla de patentes y *copyright*, cuyos irrisorios costos de transacción limitan su uso, perjudicando tanto al dueño de la licencia como al usuario, y frenando la innovación. Porque lo que se pensó como incentivo, el régimen de propiedad intelectual, puede transformarse en su contrario: una tragedia de los anticomunes.



Es lógico que Lessig, siendo constitucionalista, haya encontrado en la figura medieval del *common* un marco conceptual, y que el debate haya partido del ámbito de la computación y el *software*, cuya esencia son *códigos*, es decir, leyes, que permiten (o impiden) la reproducción y reelaboración de cualquier contenido. La revolución digital contiene al mismo tiempo una promesa de democratización universal (con su inevitable tendencia a la anarquía) y la posibilidad de nuevos monopolios y privilegios, como lo manifiesta la pretensión de las compañías de cable en Estados Unidos de “administrar” contenidos en la red, facilitando el flujo de unos en desmedro de otros... a cambio de una prima.

En los años ochenta Richard Stallman y la Free Software Foundation (FSF) dieron forma legal al llamado *copyleft*. Para la FSF un *software* es libre (y destacan la palabra “libre” frente a “gratis”) cuando el código fuente es abierto, y puede ser usado, reproducido y modificado por cualquier usuario. El *copyleft* exige que cualquier producto derivado mantenga su condición de libre y abierto y no pase a ser “propietario” y “cerrado”, restricción que es una diferencia esencial con la figura de “dominio público”, que no impone restricciones. El “movimiento de software libre” cuenta con muchas otras organizaciones además de la FSF, como la Open Source Initiative y Creative Commons, cuyas posiciones a veces resultan encontradas. Así, existen licencias fuertes y débiles, con diversos grados de permisividad, reteniendo algunos derechos y liberando otros, y en algunos casos permitiendo incluso el desarrollo comercial de software cerrado sobre otro abierto. En el caso de Creative Commons, sus licencias están diseñadas para obras creativas como páginas web, música, video, fotografía, sonidos y textos. El objetivo es “usar derechos privados para crear bienes públicos”.

Lo que se conoce como Web 2.0 está montado sobre software y estándares abiertos, como el servidor Apache o el sistema operativo GNU/Linux. El término fue acuñado en 2004 por el editor

Tim O'Reilly y sus colaboradores para describir un cambio cualitativo en la red. La versión 1.0 servía para poner contenido a disposición del usuario. Con la web 2.0 el *software* habría pasado a transformarse en un bien genérico, o *commodity*, y la plataforma no sería ya el sistema operativo del computador (Windows, Mac, Linux) sino la web misma. De hecho, es posible trabajar *online* sin almacenar nada en el propio PC, con la ventaja de poder compartir archivos y trabajar simultáneamente con otras personas sobre ellos. Lo que implica una extraordinaria nivelación entre individuos en todo el planeta, en teoría, porque cualquiera puede crear, innovar o hacer negocios *online* donde sea.

Un gigantesco *common* de arquitectura participativa, que según el periodista Nicholas Carr es con frecuencia descrito en términos religiosos. Carr critica a Kevin Kelly cuando este habla del futuro de la web como un megacomputador (la Máquina) del que los humanos serían una parte más, “una mente nueva para una especie vieja”. Para Carr este entusiasmo es una especie de culto *new age*, y “así, todo lo que la web 2.0 representa resulta de por sí bueno: participación, colectivismo, comunidades virtuales, amateurismo”. El culto denigra al profesional en pro del amateur, lo que se expresa en las frecuentes loas al *open source* y la *Wikipedia*. Lo que más irrita a Carr es la exaltación del *blogging*, con su preferencia por la opinión frente al reporterismo, su tendencia a reforzar prejuicios y extremismos, su exposición de resentimientos personales, y una considerable divulgación de falsedades, todo por una supuesta rebelión contra la “hegemonía de los medios tradicionales”. Pero estos hacen el trabajo que no pueden hacer los aficionados: investigaciones serias y costosas, buscar balance informativo, sostener costosos departamentos de verificación de información, y la experticia del profesional frente al “periodista ciudadano”. Según Carr, internet estaría cambiando la economía y la economía de la cultura: *Wikipedia* no tendrá nunca la calidad de la *Enciclopedia Británica* pero es gra-



tis, y gratis siempre triunfa sobre pago. Según él, las visiones extáticas de la web anuncian la hegemonía del amateur: “Por mi parte”, concluye, “no puedo imaginar nada más terrible”. La conjunción de la Edad Media con el mundo *cyber*. No en balde, internet es también el universo de la falsificación.

La crítica textual tiene sus fundamentos en los bibliotecarios de Alejandría, que discriminaron lo auténtico de lo espurio en la obra de Homero. Sentaron así las bases de la Cuestión Homérica: la eterna discusión sobre la identidad del poeta griego, la autoría de sus textos y la historicidad de los mismos. Hoy se supone que la *Odisea* y la *Iliada* tuvieron fuertes influencias del *epos* del rey sumerio Gilgamesh y de la Biblia: la de Homero es una obra llena de referencias, el primer hipertexto. Como la de Joyce.

En 2002 la nueva Bibliotheca Alexandrina intentó retomar el espíritu de su legendaria antecesora, destruida por las guerras hace siglos. Entre otras cosas, en ella se encuentra el *backup* del Internet Archive de San Francisco, fundado por Brewster Kahle luego de crear Alexa, una página que contabiliza el tráfico de la web en todo el mundo. Mediante una “máquina del tiempo” o “*Wayback Machine*”, realiza instantáneas de todas las páginas Web existentes. Además, digitaliza otros “artefactos culturales”: libros, tablas sumerias, películas, discos, software y cualquier contenido que alguien desee donar. Incluido el licenciado por Creative Commons, que permite a los usuarios su reelaboración.

El principal problema con el que tiene que lidiar el Archivo es la legislación del *copyright*. En 2004 presentó querrela contra el gobierno norteamericano, en el caso Kahle vs. Ashcroft; el abogado litigante era Larry Lessig. Argumentaba que una enorme cantidad de obras no podía ser digitalizada o archivada debido a un cambio —que juzgaba inconstitucional— en la legislación de *copyright* en Estados Unidos, que pasó a un régimen de protección automática, eliminando la obligación de registrar las obras. Al desaparecer el registro, localizar a los poseedores de los derechos era una tarea imposible, creándose un universo de “obras huérfanas”. Si a esto se agrega la extensión del término del *copyright* a setenta años después del fallecimiento del autor, que en una ocasión anterior Lessig impugnó —sin éxito— por inconstitucional, la cantidad de producción cultural e intelectual que se sustrae al público es formidable. Lessig también perdió este caso.

En una entrevista otorgada al sitio [www.elektrischer-reporter.de](http://www.elektrischer-reporter.de), sostenido por el *Handelsblatt* de Hamburgo, Kahle sostuvo: “Nuestra misión es ayudar al acceso universal a todo el conocimiento humano. Y, de forma increíble, esta meta, que parece tan lejana, se encuentra tecnológicamente en nuestras manos.” Como si, al igual que Lessig, creyera que cada hombre es todos los hombres. —

— ANDRÉS SCHAFER

## LITERATURA

### EL HUÉSPED INCÓMODO

**D**urante 2007 tuve la suerte de vivir en Seúl, a las afueras de esa ciudad que está dividida por el río Han como una cicatriz ondulante y anchurosa. Desde el primer momento de mi llegada —nunca mejor dicho este lugar común—, sentí la extranjería: era un huésped evidente que desconocía por completo la cultura coreana, a excepción de unos cuantos —poquísimos— libros de poetas coreanos

que habían sido traducidos a nuestra lengua, una treintena de películas vistas en algunos festivales y unas cuantas piezas del gran artista Nam June Paik, admiradas en ciertos museos. Es decir, mis referentes eran muy pocos.

Con mis maletas en la mano, y con la ayuda de una persona que luego se convertiría en un gran amigo, me adentré a un mundo radicalmente opuesto al mío. Pensé, en el aeropuerto Incheon, que ahora era un fantasma, que ya no existía: los coreanos no me miraban, o lo hacían de soslayo, y cuando alguno se atrevió a mirar furtivamente, su mirada se posó en mí durante brevísimos segundos para luego, de nuevo, hacerme sentir como ese fantasma o huésped que era desde ese primer momento.

El deslumbramiento ante la ciudad fue total. Poco a poco, con los meses, me fui adentrando en los secretos del espíritu coreano. Por otro lado, me gustaba sumergirme en los museos y las galerías que estaban por toda la ciudad; veía cine, iba a conciertos; me adentraba en las laberínticas calles de las zonas viejas; me guarecía en los templos budistas; viajé por todo el país y empecé a leer, poco a poco, a los autores coreanos. Algunos de ellos me sorprendieron por su eficacia narrativa; otros por una mezcla entre discurso lírico y filosófico; algunos más por su ingenuidad, como *El sueño de las nueve nubes* —considerada la primera novela de Corea—, cuyo autor, Kim Manjung, intenta transmitir enseñanzas budistas desde la historia circular del monje Soyu, quien en otra vida se vuelve un hombre poderoso y rodeado de inteligentes y hermosas mujeres. La historia es muy sencilla, pero está cargada de un mundo onírico verdaderamente bello. En todos los libros de narrativa que leí se hallaba siempre presente, al igual que en la mayoría de los libros de los poetas, una actitud social, una rebeldía. Quizá sea necesario recordar que buena parte de la historia de Corea está llena de invasiones de Japón o China y de una resistencia civil por parte del pueblo: son muchos los escritores que sufrieron persecuciones; luego vendría la herida

del territorio: desde junio de 1950 hasta julio de 1953 el norte y el sur de la península coreana se enfrentarían, fracturando el país en dos. La frontera quedó establecida en el paralelo 38 y, desde entonces, las dos Coreas, mejor dicho, los dos gobiernos, parecen no mirarse, o se miran de soslayo. Varios escritores, entre ellos Hwang Sok-yong, hicieron de esta herida motivo de su escritura. También buena parte del cine o del arte tienen una clara referencia a esa época. Un paralelismo en Occidente sería la sociedad española y su relación con la Guerra Civil. Son heridas que aún siguen sin cerrar.

El pueblo coreano, en su mayoría, ve a sus artistas como oráculos que están ahí para evidenciar los problemas sociales, para hablar de ellos, para mostrarlos, para ser el dedo flamígero.

Una de las grandes obras sobre la fractura coreana, la fractura de territorio —muchas familias quedaron divididas— y la fractura de una identidad, es *El huésped*, de Hwang Sok-yong, quien nació en 1943, siete años antes de la guerra. Recuerdo que cuando leí esta novela tenía la tarea de revisar exhaustivamente su traducción. Era verano y veía, desde mi ventana, pasar *kkachis* y grullas. La lluvia parecía no tener fin y el pequeño río que estaba cerca del edificio crecía presurosamente. Durante cerca de un mes leí una y otra vez las páginas de *El huésped*. Casi de inmediato hice una asociación con dos grandes novelas de Occidente: *Pedro Páramo*, de Rulfo, y *El barón Bagge*, de Alexander Lernet-Holenia. En las tres novelas el mundo es habitado por los muertos; en las tres, la densidad poética y la complejidad estructural son las que marcan el tono.

*El huésped* (nombre que le dan a la viruela) fue publicada en 2001 y rápidamente se convirtió en un *best-seller* en su país: las tiradas en Corea son millonarias. Había algo evidente ahí: Hwang compara al catolicismo y al marxismo con una verdadera plaga, una viruela que destruye al pueblo. “Por primera vez en muchos años, el misionero Liu Yosop, quien vive en Brooklyn, Nueva



Hwang Sok-yong

York, está a punto de regresar a su patria, Corea del Norte. Días antes de su partida, su hermano Liu Yohan muere en su departamento de Nueva Jersey. Liu Yosop empieza a sufrir alucinaciones y pesadillas. Cuando sube al avión hacia Pyongyang con un pedazo de hueso rescatado de los restos de su hermano incinerado, el fantasma de este aparece, entra en su cuerpo y los dos se dirigen a su pueblo natal. Allí Yosop recuerda los 45 días terribles de 1950 en que los civiles de Sincheon fueron violentamente masacrados por el ala derecha cristiana, de la que su propio hermano formaba parte. Es una jornada hacia la redención espiritual y liberación de los sufrimientos del mundo”, dice el autor anónimo de la reseña publicada en inglés. Creo que la novela va más allá de eso. Es una exploración de los miedos de un país vuelto dos porciones ahora muy distintas, pero también, y ahí es donde radica su fuerza, es un diálogo con lo más profundo de la idiosincrasia coreana, tan, ahora lo pienso, semejante a la mexicana en su ritualización de la muerte. Hwang muestra, sin miramientos, fanatismos y crueldades innecesarias en el pueblo: la guerra es el pretexto para sacar rencillas pasadas, para ser otros, para violentar el mundo por absurdas posturas políticas.

Hwang Sok-yong es un escritor radical preocupado, desde sus inicios, por ser testigo de primera mano de los acontecimientos de su país, para así

poder narrarlos en sus libros como un asunto necesario y vital. Su voz está ahí para no olvidar. Es el dedo en la herida. Al igual que muchos otros escritores, pienso en Philip Roth o Sebald, Hwang bucea en su vida, en la experiencia propia, para transformarla en alta literatura. Fue obrero, activista estudiantil, veterano de la guerra de Vietnam, vocal de mineros y trabajadores textiles, y disidente político. En los años noventa fue encarcelado, ya que violó la Ley de Seguridad Nacional al entrar a Corea del Norte en 1989. Antes de estar en la cárcel fue artista residente en Berlín y Nueva York. Fue a su regreso a su patria que fue sentenciado a siete años de prisión. Durante esos años permaneció silencioso y alejado de la literatura. Al ser liberado retomó su profesión y publicó, por episodios, *El viejo jardín* en el periódico *Dong-a*.

El activismo político de Hwang Sok-yong ha dado por resultado obras de gran tesitura y valor cívicos que se combinan perfectamente con una propuesta estilística de altos vuelos. Pero no es una literatura panfletaria; es una literatura que engloba, entre muchas otras cosas, una preocupación política y social.

Hwang definió la realidad de Corea como la de una nación-Estado de vagabundos, de personas sin hogar. El autor continuamente ha explorado la psicología de la gente que ha perdido su patria de manera simbólica o real. Su obra está inmersa en esta pérdida y en cómo tratar de asimilarla; por eso quizás el término “casa” no es para Hwang únicamente el lugar donde se nace sino una metáfora de espíritu solidario. Todo sentimiento de pérdida da por resultado una nueva forma de mirar el mundo. En la recuperación de esa pérdida, o en esa búsqueda, es que está la respiración de la narrativa de Hwang Sok-yong.

Durante el verano de 2007 mi casa seulita se pobló de personajes enrarecidos que habían surgido de las páginas de Hwang. Aún tengo presente la sensación de conversar con el presbítero Liu Yosop sobre Corea del Norte y sobre los secretos que destruyen a las familias. La obra de Hwang fue una revelación,

espero que lo sea también para los lectores en lengua española.

Frente al lago de Chapala, en el invierno de 2008, Hwang me platicaba de su manera de ver el mundo y de escribir sobre él. De niño, su madre le prohibió que escribiera con la zurda y lo obligó a que hiciera todo con la derecha. Cuando se hizo mayor, dijo, se dio cuenta de que podía hacer todas las cosas comunes con la derecha, pero para enamorar a una mujer o abrazarla, o liarse a golpes con alguien, o escribir, es necesario que entre la mano que está oculta, la mano izquierda, la diferente, la verdadera. Con esa mano es que muestra el mundo. No presta atención a lo común sino a lo extraordinario. Luego rió, me tomó del brazo y me preguntó el nombre de la pequeña isla que se veía a lo lejos. La Isla de los Alacranes, dije. Movié la cabeza, encendió un cigarro y se sentó en cuclillas. Susurraba despacio el nombre en español y luego trazó en el aire algunos signos coreanos con su mano izquierda, la que muestra el mundo. —

— LEÓN PLASCENCIA ÑOL

## MEDICINA

### DE GALTON A LAS PRUEBAS GENÉTICAS

En la actualidad pocas son las diferencias entre el conocimiento del mapa humano y el mapa de la Tierra. En los últimos años la genética ha crecido con gran celeridad; sus avances han penetrado en el corazón de la célula como antaño lo hicieron los navegantes en los mares o los exploradores en las montañas. Los biólogos moleculares han secuenciado el cien por ciento del ácido desoxirribonucleico y, aunque entiendo que la geografía del globo terráqueo ha sido descrita casi en su totalidad, guardo la esperanza de que algunos recovecos de la Tierra aún no hayan sido descubiertos: mucha ha sido la destrucción producida por las activi-

dades de nuestra especie. ¿Es todo lo concerniente a la genética benéfico para el ser humano?

Mejorar las características de la especie humana siempre ha sido un sueño. Esos sueños han sido en ocasiones reparadores, otras veces funestos. La ciencia médica, en este caso la genética, ha devenido conocimiento útil para la salud, pero también ha sido mal utilizada cuando ideologías como el nazismo la han acomodado a su gusto. Francis Galton (1822-1911) fue el creador, en 1883, del término eugenesia (del griego *eu*, bueno, y *gen*, génesis o nacimiento).

Galton era primo de Charles Darwin. Aunque nunca trabajaron juntos, en algunos aspectos el autor de la *El origen de las especies* respetaba a su familiar. Después de leer un libro de Galton, Darwin le escribió: “Usted ha cambiado mi forma de pensar: siempre he mantenido que, con excepción de los tontos, las personas no difieren mucho en capacidad intelectual y que lo que cuenta es la tenacidad y el trabajo duro.”

La eugenesia, escribió Galton, es “la ciencia para mejorar la composición genética de nuestra especie, no sólo favoreciendo los apareamientos juiciosos sino en cualquier otra medida que propicie el predominio de las mejores características humanas sobre las otras”. Galton estaba convencido de que la sociedad mejoraría si se favoreciera la reproducción de las familias con características positivas (eugenesia positiva) y se limitara la de las familias con características desfavorables (eugenesia negativa).

Aunque Galton murió hace muchos años, sus ideas nunca han fenecido. Actualmente nadie, en el campo de la medicina, se atrevería a revivir la eugenesia. Sin embargo, sus postulados resurgen con frecuencia, en ocasiones *sotto voce*—preferencias laborales cuando se trata de blancos y negros, discriminación estudiantil en España contra gitanos y judíos—y en otras oportunidades de manera abierta—discriminación contra la población indígena. El uso inadecuado de algunas de las

nuevas pruebas genéticas podría revivir algunas de las tramas de lo que llamo el “fantasma de Galton”.

Las pruebas genéticas pueden utilizarse para asesorar a familias acerca de las probabilidades para desarrollar y transmitir algunos padecimientos, o bien, como exámenes aislados para predecir la posibilidad de desarrollar determinada enfermedad. El profesor Harper define el asesoramiento genético como “el proceso por el cual los pacientes y/o sus familiares que corren el riesgo de sufrir algún padecimiento son informados de las consecuencias del mismo, de la probabilidad de desarrollarlo y transmitirlo y de las opciones para prevenirlo o tratarlo”.

El asesoramiento genético bien ejercido guía y aconseja a la familia, nunca impone. Son los implicados los que deben decidir qué hacer en caso de que el embrión se encuentre afectado por determinada enfermedad. Es muy infrecuente que se incurra en conductas no éticas: el médico debe responder y sugerir, nunca decidir.

A partir del desarrollo del Proyecto Internacional del Genoma Humano la información genética se ha multiplicado y se encuentra cada vez más disponible. Galton hubiese sido feliz si contase con la información que brindan las pruebas genéticas. Para él y sus seguidores—se fundaron escuelas pro-eugenesia en Inglaterra, Estados Unidos, Alemania y Brasil, entre otros países—, el escrutinio del genoma sería suficiente para decidir cuáles son las familias bien dotadas y cuáles no.

Las pruebas genéticas, cuando no son solicitadas por parejas que planean procrear—asesoramiento genético—, sirven, entre otras posibilidades, para detectar problemas antes de que se presenten los síntomas de la enfermedad y predecir el riesgo de que se desarrollen algunas patologías, como cáncer o enfermedades neurodegenerativas. Este tipo de exámenes puede causar estrés en los médicos y en las personas que se someten al estudio. Las razones tienen que ver con la ética médica. Destacan las siguientes.

1. Predecir la probable aparición de determinadas enfermedades para las cuales poco o nada se puede hacer (*i.e.* enfermedad de Alzheimer). Desde la mirada de la ética, es inadecuado brindar esa información al probable afectado ya que no le permite modificar su “realidad biológica”. Es lícito informar cuando el afectado lo solicita.

2. Cuando las compañías aseguradoras conozcan determinados datos genéticos asociados con enfermedades, es muy probable que no aseguren a los interesados o que les cobren primas extras.

3. Si los patrones conocieran las probabilidades que tienen sus empleados de desarrollar determinadas enfermedades, es muy factible que los despedieran con premura.

4. Ya que el genoma no depende de la voluntad, cualquier acción que se tome contra el individuo por el contenido de sus genes es discriminatoria.

No huelga decir que las pruebas genéticas tienen más virtudes que defectos. El brete radica en el mal uso que se haga de ellas. La intromisión en la vida de las personas es mucho más frecuente que antaño. No es exagerado afirmar que el ser humano se encuentra cada vez más vigilado por otros seres humanos. Si los teléfonos celulares o los videos sirven como pruebas para destrozar a otras personas, ¿qué sucederá si algún día el genoma del individuo pierde su privacidad?



Francis Galton (1822-1911)



Galton no fue un fantasma; fue un científico renombrado en su época. Demasiadas personas expresarían júbilo si Galton regresara e impusiera la eugenesia como terapia para mejorar las razas y depurar la Tierra, de acuerdo con su filosofía, de personas que no merecen ser llamadas personas. Otras, como Jens Clausen, del Instituto de Ética e Historia de la Medicina de Tübingen, han advertido en sentido contrario: “Utilizar una técnica con el propósito explícito de mejorar las cualidades humanas conlleva mayores exigencias de seguridad que su aplicación médica. En el segundo caso, los riesgos se aceptan a cambio de mejorar la salud, o incluso de salvar la vida; pero esos mismos riesgos serían inaceptables en el primer supuesto”. Aunque Galton ha muerto, es probable que Clausen y muchos eticistas piensen que su fantasma sigue vivo.

- ARNOLDO KRAUS

## CARTA DE HARVARD ESTAMPAS

*A Xime, que me ayudó a mantener a flote este escrito.*

El avión se posó suavemente en las rizadas, oscuras y gélidas aguas del río Hudson. Ninguno de sus numerosos pasajeros o tripulantes sufrió lesión alguna. Dicen que esa operación, acuatizar la nave, es difícilísima: el enorme aparato debe ir tocando el agua de manera absolutamente pareja, todo él paralelo, exactamente a la misma distancia de la superficie. Cualquier inclinación habría partido el avión, que, de inmediato, habría empezado a hundirse en las aguas glaciales (lo más peligroso parece ser que hunda la trompa). Pero no, el piloto completó la operación impecablemente. Y ha sido exaltado a héroe, ovacionado, como saben, en el centro del campo donde se disputó el Superbowl. Si algo ama el pueblo americano es la posibilidad de un héroe. Y más a este piloto, que en las innumerables entrevistas se muestra



Culto al héroe

como un hombre por entero común y corriente. Y eso justamente es lo que más venera el americano: la heroicidad del hombre común (en eso se basan los mejores westerns de John Ford).

Y por eso el capitán recuerda mucho a otro capitán, el del barco acosado por la tempestad en la preciosa novela corta de Joseph Conrad que se llama *Tifón*, ese capitán, un hombre común, no muy listo ni muy valiente ni muy nada, pero sereno, modesto y experimentado, que sin alardear y sin arredrarse enfrenta y vence un furioso tifón y salva a su nave. “No, no pensaba en nada; lo único que quería era hacer bien las cosas y salvar a los pasajeros, así que no me puse nervioso, sólo me concentré en hacer lo que era preciso hacer.” Conrad puro, destilado de Conrad, en labios del tranquilo y sonriente capitán.

¿Qué habría pensado de todo esto Saint-Exupéry?

Responde el contador Marcopolo, creo que así se apellida, aunque no lo crean, el único que advirtió y denunció —siete veces, pero no le hicieron caso— que el alegre Madoff estaba haciendo trampa, a la pregunta ¿cómo se dio usted cuenta del fraude?, explicando: fue porque noté que Madoff nunca perdía, y eso, claro, no puede ser, es imposible, porque, mire usted, un beisbolista que bateara

siempre de hit no existe ni puede existir, y así también en la actividad financiera a veces se gana y a veces se tiene que perder. Para no perder tienes que no jugar, como hacía Madoff.

La ovación de pie fue atronadora, la unidad manifestada en torno a Obama fue entusiasta y muy expresiva el día de su informe al Congreso. Tanta que recordó la manifestada en su día a Bush, cuando proclamó la guerra de Iraq. Ahora todo mundo se quiere desmarcar de esa guerra mentirosa y cruel, pero entonces era imposible hallar un político profesional o un periodista de la televisión que criticara la locura de Bush, y lo apoyaban atronadoramente. Como a Díaz Ordaz la mañana del Informe que incluía la represión de Tlatelolco y el encarcelamiento de los dirigentes estudiantiles: los políticos siempre de pie aplaudiendo al salvador de la nación (de quién sabe qué peligros fantaseados en el insomnio). Y ciertamente así ha sido siempre y cabe pensar que así seguirá siendo hasta que tanta abyección empiece a ir contra los intereses de los políticos y deje de ser lucrativa, si es que esto puede llegar a suceder, cosa que dudamos.

La Atenas clásica era lugar de libertad. Hasta los animales, según testimonio de Platón, recuerda Paul de Saint-Victor, parecen en Atenas más libres que en las demás partes y avanzan arrogantemente por las calles chocando con desenfado contra aquel que no les deja el paso.

El amor a los animales, sobre todo a los perros, es, como se sabe, infinito en Estados Unidos. Pero las bestias no avanzan con la arrogancia de Atenas, ya que llevan siempre collar, correa y, a veces, bozal. Avanzan de todos modos confiados en que sus deposiciones serán cuidadosamente recogidas en plásticos por sus amos para echarlas al basurero. No hay esquina sin basurero (veinticinco dólares la multa por echar basura de casas o comercios en depósitos dispues-

tos para los paseantes). A cambio de eso, en muchos, demasiados, restaurantes americanos no hay baño público. Cerca de mi casa hay tres sin baño, pero en uno de ellos los encargados mexicanos me permiten usar el suyo, que está bastante bien, la verdad.

Los astrólogos usaban cierto uniforme en la España árabe, como en el Oriente, eso está averiguado. Y también que el Marqués de Sade fue enemigo vociferante de la pena de muerte, pese a ser ateo y republicano radical, cosa que le trajo problemas bajo el Terror y su entusiasmo por las ejecuciones (fue detenido en 1793, pero liberado en 94). —

— HUGO HIRIART

## MEDIOS

### COSAS DEL DIRECTO

“**S**on cosas del directo”, se decía antes en la televisión cuando un invitado pisaba un micro, el presentador se olvidaba del guión o un fallo técnico resultaba demasiado evidente para ignorarlo. Hace tiempo que no se oye esa frase, quizá porque en la televisión ya todo sean “falsos directos”, grabados, salvo aquellos programas telerreales que se nutren precisamente de esos fallos, de las imperfecciones y errores de la realidad; quizá porque todos los profesionales sean tan buenos que “las cosas del directo” ya no suceden.

Sin embargo, llegada la era digital, cuando original y copia son indistinguibles en su perfección, parece que el público reclama con insistencia esas superficies sin pulir, esas asperezas y chirridos inevitables que sólo se puede achacar al directo. Empezó la música. Agotado un modelo de negocio por el arrollador avance de la copia, la facilidad para copiar y para difundir lo copiado, los artistas se tuvieron que refugiar en los conciertos, los festivales, los baños de masas en los estadios (o, según los casos, las duchas de unos cuantos en

teatros semivacíos). Proliferaron los grandes eventos con carteles kilométricos, las giras interminables, las entradas a precios poco antes prohibitivos (claro que ya no tanto, con el ahorro que suponen las descargas). Ante el acceso ilimitado a toda la música del mundo, sin necesidad de moverse de casa, lo que cobra valor es el directo.

El teatro lleva estando enfermo muchos años, tantos como tiene el cine. Enfermedad agravada por esa hija de voracidad insaciable que es la televisión. Siempre ha habido actores y actrices vocacionales, cuya vida era el teatro, y a él volvían recurrentemente. Pero no era lo habitual. Aquéllos que triunfaban en la pantalla, en la grande o en la pequeña, difícilmente se arriesgaban a subir a un escenario, a padecer las asperezas y los chirridos inevitables del directo, a tener que empezar de cero cada noche. Un simple repaso a las carteleras de Madrid, de Barcelona, de Londres o Nueva York, arrojaría un número asombroso de estrellas que hace veinte años no hubieran pisado jamás esas tablas por más respeto y admiración que sintieran hacia ellas.

Ahora sin embargo, empujados por la crisis del cine, por la falta de papeles buenos, por la fragmentación de la audiencia en la era digital, por la conjunción de los astros, los teatros presumen de nombres de relumbrón, y el público responde llenando sesión tras sesión graderíos que solían languidecer salvo por la ocasional visita de colegios e institutos. De nuevo, el mismo fenómeno. Sentado en el salón de su casa, con una pantalla inmensa y a todo color, por no hablar de los proyectores cada vez más habituales (nada de los infames televisores de hace treinta años) y una conexión a internet, cualquier ciudadano tiene a su disposición las mejores obras de la historia del cine y las joyas en forma de serie de televisión que aparecen cada vez con más frecuencia, como si hubiéramos encontrado una veta milagrosa. Y sin embargo, la gente abarrota los teatros, y las estrellas miden su talento a pelo y a diario.

Aun hay otro ámbito, más tradicional, más conservador, más esquivo

para el directo. La literatura nació como narración oral: Homero y los cantares de gesta lo demuestran. Pero hace tiempo que la encerramos en tinta y papel, y que su consumo es algo privado, individual, íntimo. Sin embargo, para competir con otras “opciones de ocio”, como dicen algunos, quizá haya que volver al directo, al contacto con el público, al baño de realidad. La FIL de Guadalajara, el día de Sant Jordi en Barcelona, la Feria de Madrid, o los festivales Hay en continua expansión (hoy, Cartagena de Indias; mañana, Granada; pasado, Segovia; al otro, el mundo) muestran la sed del público por ver con sus propios ojos, o tocar con sus propias manos, los autores que admiran. En el caso del Hay incluso previo pago de una entrada.

Esa pulsión por la realidad, por la verdad, es una de las características definitorias de esta época. La voluntad de participación directa afecta incluso a la política, en una era de frecuentes manifestaciones multitudinarias de signo contrario. Incluso los obispos españoles la sienten. Puede ser la necesidad de pertenecer al grupo. El anhelo de fundirse en la masa. La búsqueda de calor humano frente a la frialdad de la tecnología. La nostalgia de la autenticidad ante el imperio de la copia. Hay tantas explicaciones como perspectivas se adopten. Pero en el fondo todo se reduce al irresistible encanto de la imperfección, a la extraña fascinación de las cosas del directo. —

— MIGUEL AGUILAR



El fervor del directo